

LOS IRACHUS

(TRADICIÓN BIZCAINA)

SIGUIENDO la carretera que enlaza á la anteiglesia de Mundaca con la antigua villa de Bermeo, *la caput Biscaiæ* (1), como en lejanos tiempos la denominaban los bizcainos, y á dos kilómetros de distancia próximamente de sus muros, hay un puente que apoya sus estribos en las dos vertientes de una colina cortada por un arroyo que se abre paso para echarse en la mar, allí vecina. Llámase este puente el Puente de la Rosa, porque á la diestra mano y sobre un empinado próximo ribazo, alzábase hasta hace pocos años todavía, una ermita de la advocación de Nuestra Señora de la Rosa, allí asentada, como para cuirsear las travesuras del arroyo. Ermita, colina, barranca y puente, tienen su historia, que vamos á contar tal como nos la refirió un patriarca del gremio de pescadores de Bermeo.

Corría el último tercio del siglo XVIII y antes de que se construyese la carretera que enlaza las dos villas más importantes de Bizcaya, Guernica y Bermeo, los viandantes que entre una y otra querían comunicarse, tenían que caminar forzosamente por una antigua y tosca calzada que todavía se descubre á algunos metros de altura de la nueva carretera, calzada que, cortando horizontalmente la montaña, tenía también su puente para dar paso al arroyo, que, más impetuoso que ahora, porque se desprendía á su voluntad desde más alto, arrastraba cuanto á su encuentro se oponía, formando una profunda barranca. En la barranca, y bajo el vetusto y ojival puente, habitaban los *ira-*

(1) El rey D. Fernando el Católico, en 1476, concedió este título á Bermeo, por ser la villa más antigua é importante de Bizcaya; pero el Señorío siguió un litigio contra el uso de esta denominación, y obtuvo en 1602 una ejecutoria favorable del rey Felipe III, *por ser dicha preminencia contra el honor y antigüedad del infanzonado.*

chus, pequeños y asquerosos cerdos, que, tan pronto como anochecía, se derramaban por aquellos contornos en busca de caminantes. Cada puerco llevaba un farolito encendido pendiente del rabo; y eran tan aviesos y mal intencionados, que, atacando con furia por todos lados al viandante, le ponían amenudo en grave aprieto de ser por ellos devorado. El terror que infundían los irachus era además tan grande en la comarca, que tan pronto como las sombras de la noche descendían sobre los valles bermeanos, lo mismo el labrador como el traginante se apresuraban á abandonarlos y á penetrar en sus hogares, separándose rápidamente de la proximidad del puente y la barranca.

Por aquel entonces había entre las jóvenes de Bermeo, una, cuya bondad y gentileza, eran por todos celebradas. Inés era su nombre: pobre de fortuna, era muy rica en virtudes, pero lo era más todavía por su modestia excesiva. No había mozo en el pueblo que no la solicitara, ni joven forastero que no la requiriera de amores, ni anciano que no admirara su talento, ni doncella que dejara de buscar su amistad y compañía. Inés amaba á todos, pero con el castísimo amor de una santa: y su amor era tan puro y encendido, que lo mismo cautivaba al rico como al pobre, al mozo como al anciano.

En una calurosa tarde de estío regresaba Inés á su hogar cargada de un pesado haz de espigas, cuando al bajar la pendiente del monte de Lamiaran, tropezó y fué rodando con la carga hasta el fondo de la barranca. Exánime por la abundante sangre que derramó de una herida que se abrió en la cabeza, y sin bastante fuerza para trepar de nuevo la montaña, resignóse á la suerte que le deparara el cielo, apoyando su lívido rostro en el murallón del envejecido puente del arroyo. No ignoraba el riesgo que corría si tenía la desgracia de ser descubierta por los irachus, ni ignoraba tampoco los martirios que la harían sufrir tan pronto como cayera en su poder; pero no por esto se entibió su espíritu, ni perdió aquella dulce serenidad que bañaba siempre su semblante.

Meditaba la pobre Inés sobre la triste situación en que la casualidad le había colorado, y oraba con la ardentísima fe de su espíritu, cuando sintió á su lado un estridente y prolongado gruñido. Pocos momentos después observó que, separándose lentamente una de las dovelas inferiores del arco del puente, salió por ella un irachu con su farolito encendido colgado del rabo, y luego otro, y otro, y ciento, y muchos más, los cuales, dirigiéndose en hilera á la antigua calzada,

se detuvieron en correcta formación dando cara á la mar. Un sudor frío bañó todos los miembros de Inés, á pesar de su serenidad, al ver á su frente aquella turba de animales, porque si bien le ocultaba de ella la pared del puente, no por eso estaba á cubierto de la claridad de tantos faroles encendidos. De repente dejóse oír otro chillón y prolongado gruñido; y los ojos de Inés descubrieron que se aproximaba lentamente al ejército de irachus una figura humana, pero tan pequeña, como otra igual jamás había visto. Era un enano. Vestía el traje usual de la época, y su cara, circuida de una espesa barba blanca, no tenía nada de repugnante. El enano revistó minuciosamente á la cerdosa grey, la cual, después de oír una palmada que dieron sus manos, desapareció silenciosamente por el monte y la encañada: sólo un irachu permaneció á su lado. Ambos bajaron la pendiente hasta donde Inés se hallaba; y el enano, penetrando por la dovela desprendida del puente, que recogió así que estuvo dentro, la colocó en su lugar ayudado del irachu que quedó afuera, y que en seguida se marchó á reunirse á sus compañeros.

Inés no salía del asombro que le produjeron aquellos inesperados aunque mudos sucesos; y así que le fué dado reflexionar sobre ellos, amparada, como no podía menos de estarlo, por su protectora la Santísima Virgen, pensó abandonar el escondite y trasladarse á su hogar para comunicar lo que había visto á sus parientes y amigos. No tardó en realizar este pensamiento; pero antes de llevarlo á cabo, arrojó con fuerza sobrehumana gran cantidad de rocas á la dovela por donde habían salido los irachus y penetrado el enano: cortó una rosa blanca de un frondoso rosal que allí cerca crecía, y postrándose de rodillas é invocando á María en nombre de la pureza de la flor, que sus labios besaban religiosamente, enderezó con resolución sus pasos hacia el hogar donde sus deudos la esperaban impacientes.

Narróles con calma y serenidad la extraña aventura de que había sido testigo, produciendo en ellos el mayor asombro; y cuando al dar fin á la narración, les propuso con gran energía y entusiasmo acabar con aquella maldita raza que, ni podía penetrar en su guarida, ni salir de ella su jefe por las enormes rocas que contra las dovelas del puente había hacinado, todos y á porfía prometieron secundar su pensamiento y acompañarla en tan arriesgada empresa. Armáronse de todas armas; y puesta Inés á la cabeza de aquella improvisada hueste que llevaba por escudo la rosablanca cortada en el bosque de Lamiaran, á él se

dirigió llena de valor y de esperanza. Al aproximarse á la barranca, ya la aurora comenzaba á desatar los primeros destellos de su luz: era también la hora en que los irachus se retiraban á su guarida. Al verlos la bermeana hueste, acometióles con ímpetu tan vigoroso, que á pesar de no ser flojas las garras y los dientes de los irachus, todos fueron pasados á cuchillo, dejando regado el campo de negra y asquerosa sangre. Rugidos espantosos resonaron también durante la pelea dentro de las cavidades del puente, lanzados, sin duda, por el jefe de la maldita grey; pero por muchos esfuerzos que hiciera para desmoronar las rocas que cerraban la entrada de su guarida, no consiguió siquiera removerlas. Desde entonces los irachus desaparecieron, y desde entonces data la construcción de la ermita de Nuestra Señora de la Rosa, levantada en memoria del santo nombre de la flor que llevó Inés al combate.

Las ruinas de la ermita persisten todavía abandonadas, desafiando las injurias del tiempo que las destruye despiadadamente, sin más guardián que la grave lechuza que habita en sus concavidades.

El puente de la calzada antigua desapareció á impulsos del torrente y del olvido en que quedó desde la construcción de la nueva carretera.

El torrente y la barranca no han variado su curso y situación. Manso y juguetón aquél en el verano, y soberbio y turbulento en el invierno, sigue cumpliendo la misión para que fué destinado: lade rendir sus aguas á la mar.

¿Y los irachus?

¡Los irachus! preguntad por ellos á los honrados pescadores de Bermeo y de Mundaca, ó á los sencillos habitantes de aquella comarca.

Los irachus, á pesar de lo que de su completo exterminio reza el cuento, son todavía el terror de las almas cándidas é inocentes. Ellas los ven con los ojos de la imaginación y del miedo recorrer de noche á la luz de los faroles pendientes de sus rabos los contornos del arroyo, de la barranca y del nuevo puente de la Rosa.

¡Tan fuerte es la fuerza de la tradición, que deja impresa en las generaciones que se suceden, las invenciones más peregrinas é inverosímiles! La ignorancia es la que sustenta estas invenciones absurdas, que todo espíritu culto y religioso está obligado á borrar de los cerebros enfermos ó calenturientos.

JUAN E. DELMAS.